



UNA ANTOLOGÍA QUE ACTIVARÁ TU
IMAGINACIÓN

AUTORES VARIOS

UN
MUNDO
FANTÁSTICO

*"Historias que
llevarán tu
imaginación al
límite."*



grupo editorial
Pixelados

www.pixelados.com.ar

Autores Varios

Un mundo fantástico/ Autores varios.- 1º ed.

La Plata: Pixelados, 2025

118 p. : 21x29,7 cm

©
2025, Pixelados

Diseño de cubierta y libro : Antonela Casagrande

Realizado en el mes de Octubre de 2025

Hecho en Argentina // Made in Argentina



índice



Prólogo

Mi otro yo	Pág 1
El guardián del altillo.....	Pág 15
La maldición del cuerno blanco.....	Pág 19
Dulce hogar.....	Pág 24
La especie interior.....	Pág 28
Un día siendo otro.....	Pág 34
La bruja, el gato y el intercambio.....	Pág 39
¡Volar sin alas.....	Pág 50
No toques ese frasco!.....	Pág 54
El día que todo cambió.....	Pág 57
Boda insecta.....	Pág 60
Mi mundo, una abeja.....	Pág 63
Un deseo hecho realidad.....	Pág 65
El agua y yo.....	Pág 68
Bajo la piel del agua.....	Pág 70
Encuentro de un cazador.....	Pág 72
La llamada del mar.....	Pág 74
El día que perdí mi humanidad.....	Pág 76
Un día con 7 vidas.....	Pág 79
El despertar inesperado.....	Pág 81





índice



Los ojos curiosos.....	Pág 83
Un mono en el quinto piso.....	Pág 86
Entre ramas y recuerdos.....	Pág 89
No era un sueño, era una nutria.....	Pág 93
Reencarnación.....	Pág 96
Silencio de escamas.....	Pág 98
El veneno dentro mío.....	Pág 101
La coral que salió de las llamas.....	Pág 104
Entre piel y escamas.....	Pág 107
¿Sigo siendo humano?.....	Pág 110



PRÓLOGO

POR PROFESORA LORENA PASSARES

La fantasía nos invita a cruzar los límites de lo posible, a mirar el mundo con otros ojos y descubrir que a veces los cambios más profundos proceden de lo inesperado. ¿Qué pasaría si una mañana te despertaras con unas inmensas alas en tu espalda? ¿Y si quisieras hablar y de repente un gruñido de fiera naciera de tus entrañas llenando de espanto los rincones más oscuros de la noche?

En estas páginas, los alumnos de quinto año de la Escuela Secundaria 80 de La Plata, se aventuran a imaginar historias donde la metamorfosis no es solo un hechizo o un capricho mágico, sino una forma de transformación interior.

Cada relato es un viaje, un cuerpo que se vuelve garras, un corazón que late en el pelaje o las escamas, una mirada humana que aprende a ver como un animal y a descubrir un nuevo vínculo con la vida. A través de estas metamorfosis, los personajes enfrentan sus miedos, sus deseos y su propia identidad, recordándonos que todos de alguna manera cambiamos para descubrir quiénes somos.

Este libro reúne magia, suspenso, aventuras y la voz única de cada joven autor que se anima a reinventar la realidad con imaginación y emoción. ¡Te invito a descubrir cada página!



mi otro yo

Por Alex

"Tu mirada es como la de un búho", dijo mi amada. Mi expresión de sorpresa no pasó desapercibida. Al notarla, suavizó la mirada y habló: "Una mirada penetrante y sabia, como la del búho."

Después de un rato, solté una carcajada, sorprendiéndola, y ella se contagió de mi risa. Comencé a caminar sin dirección aparente, dejando que siguiera mis pasos.

Los meses pasaron. De alguna forma, finalmente empecé a salir con Emilia. Todos los días estaba con ella sin importar el lugar o momento; también iba conociendo más de su gente cercana: "Carlos", amigo de la infancia; "Natalie", mejor amiga; "Marcos", compañero de la facultad; "Iván", "Andrea", "Christian", "Paula", "Eduardo", "Joel"...

Emilia conocía mucha gente. La sensación de incomodidad y disgusto en mi pecho se hacía cada vez más grande, aunque intentaba ocultarlo.

Probablemente todas aquellas personas notaron mi sonrisa falsa, pero sin darle importancia, seguía junto a mi amada Emilia. Nuestra relación se fortalecía y, poco a poco, nos volvimos novios. Sentía una inmensa felicidad y una sensación de posesión dentro de mí.

Con el pasar de los días, notaba a Emilia decaída. Al preguntarle, me contó que, sin entender por qué, sus amigos decidían alejarse, dejar de hablarle o simplemente irse sin explicación alguna. Veía que, cuando ella intentaba contactarlos, no respondían o no lograba comunicarse, como si hubiesen desaparecido.

Dentro de mí, realmente no sentía nada; me importaba muy poco. Pero al verla tan triste, sentía compasión por ella y la consolaba con palabras dulces y bonitas.

Tras todos esos sucesos, podía notar cómo Emilia se apegaba cada vez más a mí. En mi pecho, una llama de superioridad y satisfacción crecía. Mi mirada dulce, dirigida hacia ella, escondía todo aquello que se encontraba en lo más profundo de mí. Con el pasar de los días, notaba a Emilia decaída. Al preguntarle, me contó que, sin entender por qué, sus amigos decidían alejarse, dejar de hablarle o simplemente irse sin explicación alguna. Veía que, cuando ella intentaba contactarlos, no respondían o no lograba comunicarse, como si hubiesen desaparecido.

Dentro de mí, realmente no sentía nada; me importaba muy poco. Pero al verla tan triste, sentía compasión por ella y la consolaba con palabras dulces y bonitas.

Tras todos esos sucesos, podía notar cómo Emilia se apegaba cada vez más a mí. En mi pecho, una llama de superioridad y satisfacción crecía. Mi mirada dulce, dirigida hacia ella, escondía todo aquello que se encontraba en lo más profundo de mí.

Uno de esos días, como tantos, Emilia trabajaba. Ella se despidió y se fue. Yo, igualmente, también decidí salir. Con el paso de las horas, de pronto me encontré frente al trabajo de Emilia. La vi; parecía estar tomando su descanso. Ella me vio, y con un movimiento rápido y silencioso aparecí frente a ella. Emilia pareció sorprenderse y asustarse.

La miré con una mirada penetrante, ladeé la cabeza para ampliar mi visión. Después de unos segundos, ella, dudando, dirigió su mano hacia mi cabeza, dejando unas leves palmaditas.

Después de un rato, decidí irme, alejándome del marco de la ventana donde estaba, para irme hacia mi casa. Así fueron muchos días, yendo a su trabajo. Ella dejó de sorprenderse; hasta a veces me miraba de lejos o se acercaba. Verla me daba felicidad. Saber que estaba trabajando y no con otra persona que no fuera yo.

Nuestra relación seguía intacta. Aunque algunas veces había una que otra discusión, eso no impedía nada para mí. La idea de que conociera a más gente era uno de los motivos principales de aquellas discusiones. Y no, yo no quería que se relacionara con nadie más.

¿Por qué simplemente no podía hacerme caso? Se ahorraría todo. A veces solía enojarse mucho. No le entendía. ¿Por qué no comprendía que me hacía sentir mal? Triste. Eso era motivo suficiente para que dejara de hacerlo.

A pesar de todo, lograba que ella finalmente dejara de querer conocer más gente, así logrando mi cometido. Antes, yo no solía estar tanto tiempo con ella. Al parecer, logró notarlo. Tantas fueron las veces que finalmente ella decidió venir a mi casa. Cuando llegó, no pude sentir su presencia. Ella tenía un juego de llaves que yo mismo había olvidado en su casa.

Desde la planta baja de mi casa llegué a escuchar la puerta principal abrirse. Con una velocidad rápida, llegué hasta la puerta de la habitación en la que estaba.

Suspiré, tratando de calmarme. Miré hacia atrás; algunas plumas habían quedado en las escaleras. Frustrado y estresado, me calmé una vez más para poner una dulce sonrisa falsa en mi rostro y salir de la habitación.

Al verla, mi sonrisa siguió intacta. Ella me sonrió felizmente y se excusó diciendo que había venido porque tenía mis llaves. Tranquilo, y con mi dulce mirada, le agradecí. Ella, confundida, preguntó por qué tardé tanto en aparecer. Forzando mi sonrisa, desvié levemente el tema, halagando lo linda que estaba ese día. Ella sonrió y me agradeció.

Después, empecé nuevamente a pasar todo mi tiempo con mi amada, volviendo a como era en un principio. A veces, cuando no estaba con ella, sentía incomodidad.

Me preguntaba: ¿Por qué se va? ¿A dónde? ¿Será cierto? ¿Se verá con alguien? Y más y más preguntas se estancaban en mi cabeza. No me gustaba que ella saliera si no era conmigo.

Varias veces expresé mi disgusto con Emilia, refiriéndome a mi miedo constante: “a que le suceda algo”. Una y otra vez, repetía el mismo cuento: “¿Y si te pasa algo? ¿A dónde irás? No me lo perdonaría si sucediera. Por favor, no te vayas.” Así muchas veces, hasta que finalmente empezó a hacerme caso, aunque le costaba.

Muy pocas veces salía con Emilia. Cuando lo hacía, la tomaba de la mano; sentía que, si no lo hacía, se iría.

También, cuando Emilia se encontraba con alguien conocido, de manera discreta intentaba que esa interacción terminara lo más rápido posible, justificándome con: "Me siento mal, ¿podemos irnos?"

Algunas veces, podía ver a Emilia pensativa. Después de un rato, le preguntaba qué la atormentaba. Ella, dudando un poco, finalmente hablaba, diciendo breves palabras: "¿Por qué muchas veces no quieres que me relacione con los demás o no quieres que salga?"

Yo la miraba y le decía: "No quiero que te suceda nada. Conmigo eres feliz, ¿no? No necesitas a nadie más." Ella, estremecida por la forma tan dulce en que se lo decía, no alcanzaba a ver la profundidad de mis palabras; solo veía la dulzura. Con satisfacción, sonreía y la conversación continuaba hacia cualquier otro tema, como siempre.

Así pasaron los días, convirtiéndose en meses.

Emilia solía pasar tiempo conmigo y las personas que ya conocía no volvieron a aparecer. Se notaba que aún le afectaba aquello, aunque siempre trataba de disfrazar sus pensamientos y preocupaciones. Todo lo que ocultaba en el fondo aún seguía allí, sin ser descubierto por ella.

Habían pasado ya varios meses. Nuevamente me encontraba en la planta baja de mi casa. Emilia no estaba ahí, ni en casa; lo único que sabía era que estaba trabajando. Esta vez no había ido a verla.

El olor nauseabundo que desprendía la habitación era horripilante. Podía tolerarlo, pero lo odiaba y me daba asco. A mi alrededor, como la última vez que estuve ahí, las plumas seguían. Mi estrés, al pasar los días, se hacía más grande.

Varias veces, mientras caminaba por la casa, Emilia me decía que le daba intriga aquella puerta. Siempre que ella estaba en mi casa, esa puerta permanecía bajo llave. En eso, yo era muy precavido. Pero hoy no lo fui.

Allí abajo, olvidé las llaves. No le di importancia: Emilia no estaba, no tenía por qué preocuparme. Pero como si mis pensamientos fueran mentira, escuché abrirse la puerta principal. No pude reaccionar a tiempo. Mi cuello giró 135 grados y la vi, ahí parada, su rostro pálido. La bolsa que tenía en sus manos cayó al suelo, desparramando todo lo que contenía. Ella retrocedió unos pasos, aunque en vano, ya que tropezó con el último escalón.

Su mirada se dirigió al suelo. Escuché su grito ahogado. Se tapó la boca y la nariz. Noté cómo se contenía para no vomitar, pero al parecer no lo logró y terminó vomitando en el suelo. No me acerqué a ella todavía. Me quedé observándola desde donde estaba. Mis plumas manchadas de un líquido rojo, al igual que mi pico corto. La sangre estaba en todos lados.

Vi cómo sus ojos comenzaban a cristalizarse, su rostro confundido. Finalmente, decidí acercarme. Tomé vuelo y, con sigilo y rapidez, aparecí frente a ella. Con miedo y en shock, no se movía.

Temblando, finalmente habló:

—Aléjate.

Habló con temor en la voz, viendo a aquel búho manchado de sangre. Ladeé mi cabeza y, después de un rato, decidí revelar mi presencia.

Mis plumas empezaron a caer, formándose mis brazos; y así con el otro igual. Mis dos patas largas se transformaron en mis dos piernas.

Todas las plumas de mi cabeza se desprendieron, dejando ver finalmente mi otro yo.

Ella jadeó, aún más asustada. Antes de que hablara, sonreí y llevé mi mano —llena de sangre— a su mejilla. Ella me miró una y otra vez, a todos lados, hacia los cuerpos que estaban en el suelo: Carlos, Natalie, Christian, Paula, Eduardo, Joel, Iván y Andrea. Todos estaban ahí, sin vida. Y peor aún: donde debían estar sus ojos, no había nada.

Sonreí entre dientes y dejé un beso en la comisura de sus labios. La sangre de mi boca manchó la suya. Ella, aún en shock y sin entender nada, todavía no se movía.

Y yo simplemente dije, con una dulzura asquerosa:

—Llegaste temprano



El guardián del altillo



Por Ailín, Justina y Mía

No sé si alguna vez te pasó, pero yo juraba que en el altillo de la casa había algo raro.

No era miedo, ¿eh?... Era esa sensación extraña, como cuando sabés que alguien te está mirando, aunque estés solo.

Para empezar, me llamo Tobías, y todo comenzó un martes, en la casa de mis abuelos, a la cual me mudé cuando ellos fallecieron, hace unos años.

Ese día llovía a cántaros y se había cortado la luz. Subí con una linterna al altillo a buscar unas velas. Pero el lugar estaba lleno de polvo, cajas viejas y telarañas por todos lados.

Hasta que encontré una telaraña distinta... enorme, brillante, casi como si estuviera hecha de hilos de plata. Me acerqué a ella y, por curiosidad, la toqué.

Ahí fue cuando la cosa se puso rara. Sentí un cosquilleo en los dedos, como electricidad. De golpe, una voz chillona me habló desde la oscuridad:

— ¡Che, loco! ¡¿Qué hacés tocando mi red?!

Casi me caigo del susto, por no decirlo de otra forma.

Vi entre las sombras y el polvo... una araña.

No una cualquiera, sino una enorme, del tamaño de un gato, con ojos que parecían linternas... y la visera vieja de... ¿mi abuelo?

— ¿Sos... una araña que habla? —pregunté, pensando que me había vuelto loco.

—Obvio, pa. Me llamo Gustavo, soy el guardián de las telarañas. Y vos acabás de activar una puerta entre mundos.

Antes de que pudiera decirle que yo solo había venido por velas, la telaraña brilló y nos tragó a los dos.

Aparecimos en un bosque donde todo era gigante: los árboles, las flores, y algunas arañas lookeadas de forma simpática.

— ¡Bienvenido a Araknópolis! —me dijo Gustavo con alegría—. Acá el tiempo corre distinto, pero tranqui: mientras estés conmigo, nada te puede pasar.

Tras la sorpresa y emoción del momento, me dejé llevar por las palabras de aquella araña. Fueron pasando los días (o tal vez minutos, no sé). Conocí criaturas increíbles, aprendí a comunicarme con otras arañas, e incluso me enseñaron a tejer telarañas que contaban historias.



Pero lo más loco fue cuando Gustavo me llevó al centro del bosque y me mostró una telaraña enorme, tejida por generaciones.

—Acá están los recuerdos del mundo —me dijo—. Vos también podés dejar tu marca.

Agarré un hilo de luz y escribí mi historia.



LA
MAIDICIÓN
DEL
CUERNO
BLANCO

POR CELESTE, LUCIANO Y MATEO



Me levanté temprano con mi esposa, como todas las mañanas. Hacía frío y nos habíamos quedado sin leña para la chimenea, así que me abrigué bien y salí a buscar por la montaña para traer leña a la cabaña. Fui hasta un lugar donde había muchos árboles y me puse a talar. Estuve cortando durante bastante tiempo para poder llevar lo suficiente y no tener que salir, al menos, hasta el día siguiente.

Mientras talaba, escuché un ruido raro y poco entendible. No le di importancia la primera vez. La segunda, tampoco. Pero ya la tercera vez, escuché un "beeeh" que me hizo ir a buscar al animal que lo había hecho.

Después de unos pasos, lo encontré: era un cabrito que parecía estar solo. No era muy grande, parecía tener apenas unos días de vida.

Tras darme cuenta, seguí con lo mío, ya que había salido hace bastante tiempo y no quería preocupar a mi esposa. Durante el camino de vuelta a la cabaña no miré para atrás en ningún momento, pero al llegar, mi esposa me estaba esperando afuera. Me acerqué, y lo primero que dijo fue:

—Veo que te hiciste un nuevo amigo.

La miré con cara de confusión, ya que no entendía por qué lo decía. Giré la cabeza buscando algo y, justo detrás mío, estaba el cabrito. Mi esposa fue hacia él y lo acarició. Ella amaba a los animales. Yo no supe qué hacer, así que entré directo a la cabaña para prender la chimenea.

Mi esposa se encariñó mucho con el cabrito y, después de mucho insistirme, terminé accediendo a adoptarlo.

Como no teníamos dónde dejarlo, decidimos que se quedara dentro de la cabaña.

Varios meses después, la cabra ya había crecido bastante, y tenerla adentro empezaba a ser un problema. Así que decidí hacerle un pequeño corral detrás de la casa.

Mientras la cabra crecía, comía cada vez más, y a mi esposa y a mí ya no nos alcanzaba para alimentarnos. Llegó un punto en el que no quedó otra alternativa que sacrificarla para poder comer.

No fue una decisión fácil; era algo que veníamos pensando desde hacía tiempo. No queríamos llegar a ese punto, pero fue la única opción que nos quedó.

Así que eso hice: sacrifiqué y cociné a la cabra, entre lágrimas. Mi esposa estaba completamente negada a la idea de comerla, ya que le había tomado mucho cariño. Mientras yo hacía todo, ella prefirió salir a dar una vuelta.

Yo, mientras tanto, terminé de cocinar a la cabra y mi esposa aún no regresaba. El silencio que había era una mezcla entre miedo y tristeza. Cuando terminé de cocinar, me serví, y ahí estaba yo, sentado en la mesa, contemplando lo que estaba por hacer. Algo me impedía mover los brazos para comer, pero en un momento tomé valor y pude dar el primer bocado. Terminé el plato, aunque realmente no tenía apetito —hacía horas que no comía—.

Después de terminar, dejé el plato para lavar y fui al baño a enjuagarme la cara por lo mucho que había llorado. Lavé los platos y me fui a acostar, ya que me sentía mal. Sin darme cuenta, me quedé dormido.

En algún momento, me desperté porque escuché unos arañazos sobre el piso de madera. Me asusté, pero decidí ir a ver. Salí, y justo en frente mío, había una cabra parada en dos patas, mirándome fijamente.

Del susto, me desperté.

Ya estaba anocheciendo, y mi esposa todavía no había vuelto. Me levanté y me quedé un rato afuera. Como seguía sin llegar, fui al baño para lavarme la cara, ya que estaba muy cansado y no veía bien las cosas.

Al rato llegó mi esposa. No intercambiamos palabras; se fue directo a dormir. Yo, un poco extrañado por la situación, decidí hacer lo mismo. Cuando entré a la habitación, ella se quedó mirándome raro, pero no le di importancia. Me acosté y me dormí.

Al día siguiente, cuando me desperté, mi esposa estaba en la cocina preparando el desayuno. La saludé y, cuando se dio vuelta, se le cayó la taza que tenía en las manos.

—Tenés algo extraño en la cabeza... —dijo, atónita. Yo intenté contestarle, pero lo único que salió de mi boca fue:

—Beeeeh.





DULCE HOGAR

POR ANTONELLA

Mi nombre es Nijiro. Vivo en un edificio viejo. Vivo solo; mis padres murieron en un accidente automovilístico. Lucho con la depresión.

Un día subo a la azotea del edificio. Decido tirarme, pero presiento a alguien. Había una chica, linda, delicada. Bailaba ballet. Cuando deja de bailar, me dice:

—No te mates aquí, vas a causar problemas a todos.

Me sorprendí por lo que dijo. Me arrepentí.

Simplemente la miré y me fui a mi departamento.

Después de un tiempo, golpean la puerta. Me asomo por la mirilla para ver. Era una mujer, pero no una cualquiera: tenía escamas en la cara, como las de un pescado. De la nada, empieza a gritar que le abra. Le sangra la nariz. Me escondo en silencio, esperando a que se vaya. Cuando se va, salgo a ver. Estaba todo lleno de sangre. Se corta la luz...

Con miedo bajo al piso principal del edificio.

Estaban todos: el señor Chan, dueño del kiosco de convivencia; su esposa Miyi; el pastor, que es joven, se llama Chanwuo. Pero de la nada, se escucha un grito. Era Fishu, la chica de la azotea.

Cuando voy a ver, estaba la misma mujer que golpeaba mi puerta, queriendo atacarla. Le golpeó la cabeza con un extintor. Agarro de la mano a Fishu y me voy al piso principal. Cuando llego, le digo a todos que cierren las puertas, y justo aparece su hermano, Alice. Al cerrar las puertas, suenan unas alarmas en los celulares. Decían que había una infección terrestre: te salían partes de un animal y te volvías salvaje. Uno de sus síntomas era un sangrado de nariz muy fuerte.

Pasaron tres días. Yo me sentía mal, mareado, con dolor de cabeza. De repente... me sangra la nariz.

Todos, al darse cuenta, me aíslan. Pasan los días. No me había convertido. Me dejaron salir.

De repente, algo tira la puerta.

Era un chico. Tenía rasgos de un tigre. Cuando se me tira encima para atacarme, me convierto en un ocelote. Empiezo a pelear con él. Lo tiro afuera del edificio. Me desmayé.

Cuando me despierto, estaban todos mirándome. Al preguntar qué pasó, me cuentan lo sucedido.

Entonces empiezo a escuchar una voz en mi cabeza que me decía que los matara a todos, que no valían nada. Yo me contengo...

Al pasar los días y luchar contra los infectados salvajes, me di cuenta de que yo podía controlar la transformación y convertirme cuando yo quisiera.

Decido hablar con todos para irme y encontrar a más gente como yo. Todos aceptan mi decisión.

Con el tiempo, encuentro un grupo de jóvenes, de entre 20 y 23 años. Eran como yo: podían controlar la voz y convertirse cuando quisieran. Me puse muy feliz. No me puse feliz solo por encontrarlos, sino porque era cierto: había más personas como yo.

Pasaron los días. Todos juntos, felices. Cada vez se sumaba más gente: niños, jóvenes y adultos.

Después de todo, estar ahí por fin me hacía sentir en un dulce hogar...



La especie INTERIOR

POR AUGUSTO, MARIANO Y THIAGO



Otra vez me volvieron a suspender del trabajo por llegar tarde. Esto pasó hace unos días; para ser sincero, ya me había pasado en varios trabajos. Siento que no pertenezco a la sociedad, que nací en la vida de alguien más. Muchas veces pienso que me encantaría ser algo más, como un animal que no se preocupe por su día a día, que lo único que tenga que hacer sea comer, dormir, ir al baño y que nadie me juzgue por lo que hago. Por eso decidí alejarme de la ciudad y conectar más con la naturaleza. Ya empieza mi retiro.

Cuando llegué a la cabaña que renté adentro de la selva, ni bien entré, me di cuenta de que no estaba en el mejor estado y que hacía frío. Entonces, me puse manos a la obra y fui a buscar leña y, de paso, conectar más con la naturaleza, que a eso vengo.

Cuando estaba volviendo a la cabaña con la leña, escuché ruidos a lo lejos. Cuando fui a investigar, me encontré con un pueblo con muchos hombres robustos, con mucho vello. Cuando llegué al pueblo, escuché que hablaban mi idioma. En cuanto me acerqué, comencé a platicar. Me explicaron que era un pueblo para las personas que no se sentían cómodas en la sociedad, que dormían mucho y no conseguían trabajos. Luego de unos minutos hablando, comenzó a oscurecer. Entonces recordé que tenía que ir a la cabaña a encender la chimenea y preparar mi cena. Me fui a dormir entusiasmado. Por la mañana me desperté temprano y entusiasmado por volver al pueblo. Me preparé y emprendí mi viaje. Cuanto más me adentraba en el bosque de bambú, más silencioso y extraño se hacía.

Cuando estaba cerca del pueblo, vi unas huellas de panda, cosa que no se me hizo extraña porque estaba rodeado de bambúes, pero sí se me hacía extraño no haber visto ninguno.

Cuando entré al pueblo, escuché unos ruidos raros provenientes de la casa del señor con el que había hablado ayer. Me acerqué silenciosamente para investigar qué ocurría. Cuando lo vi, él estaba raro: se revolcaba en el suelo, gruñía y le crecía vello en el cuerpo. No sabía qué le ocurría, pero creí que necesitaba de mi ayuda. Entonces se convirtió en un panda y me asusté. Él me empezó a calmar diciéndome que no tenía de qué temer.

Me explicó toda la situación y lo que ocurría. Él me dijo que yo también podía convertirme en panda, como él, si así lo deseaba, o seguir mi vida normal pero resguardar su secreto.

Yo me calmé en cuanto terminó de explicarme, porque sentía que pertenecía ahí, que yo era parte del pueblo, y quería ser parte de esa comunidad. Saber eso me calmó y me quitó el miedo. Ya no me sentía solo.

En cuanto decidí convertirme en panda, él me llevó a presentarme a los demás pandas del pueblo. Me llevó a conocer a un “panda chamán”, que era como el médico y mago del pueblo, que podía transformar en panda a los demás si así lo deseaban.

Él me preparó un líquido especial para un ritual de iniciación. Todos los pandas hicieron un círculo con un fogón en medio de la ronda y la bebida especial líquida de color verde, que el chamán me había preparado en una mesa cerca del fogón. En cuanto tomé del cuenco que tenía la bebida, me desmayé.

Cuando me desperté, estaba en una cabaña que no conocía y me sentía más pesado y calentito. Me paré de la cama en la que estaba y fui a verme en un espejo. Cuando me vi, me sentí muy aliviado y entusiasmado; veía manchas negras en mi cuerpo y un pelaje blanco, con ojos negros y hasta me veía más grande. Me sentía auténtico y con un sentimiento que nunca antes había sentido: uno de pertenencia.

A woman's face is partially visible through a torn paper effect. The left side of the image is dark and textured, while the right side shows a blurred face of a woman with dark hair and a slight smile. The text is overlaid on the dark side.

S I E N D O UN DÍA OTRO

POR ESTEFANÍA, FRANCISCO,
LUCÍA Y LUISINA

Hola, mi nombre es Hugo Sánchez, un estudiante que se especializa en el comportamiento de los animales. Un día me dieron de tarea investigar el comportamiento de las palomas. Pensé que sería algo aburrido tener que observar un par de palomas, pero como no podía cambiar de animal, tomé mis cosas y me puse manos a la obra.

Ese día por la tarde planeé ir a una plaza cercana a mi casa para observar a las palomas y anotar todo lo que hacían, pero eso me pareció muy aburrido. Así que decidí mejor caminar por el centro y anotar el comportamiento de las palomas que vivían en la ciudad. Al principio fue fácil, ya que las palomas estaban en todos lados. Luego de una hora se volvió un poco más complicado, porque ya no podía verlas: estaban en el aire y era muy difícil notar lo que hacían.

Después de un buen rato, preferí volver a mi casa y continuar la investigación al día siguiente. Al llegar, tomé mis apuntes y anoté todo lo que había observado. Luego me puse a investigar en internet para ver qué encontraba sobre las palomas y verificar al día siguiente si era cierto o no.

En medio de la búsqueda, me encontré con una página muy interesante donde decía que podías ser lo que quisieras. Eso me hizo recordar que no había podido terminar mi investigación porque las palomas se iban volando. Entonces busqué si existía alguna forma de ser una paloma... y encontré una página que daba todas las instrucciones para lograrlo.

Seguí al pie de la letra cada paso, sin saltarme ninguno. Luego de un buen rato, esperé a que sucediera algo, pero nada pasó. Así que cerré todo, me preparé para dormir y decidí continuar la investigación al día siguiente.

A la mañana siguiente me desperté algo mareado, pero no le di importancia, ya que me había quedado despierto hasta tarde con la investigación. Me dirigí a una plaza por la que había pasado el día anterior y pensé que sería un buen lugar para comenzar, ya que no había nadie que pudiera espantar a las palomas. Al llegar, vi una paloma muy interesante y la seguí hasta un sitio que parecía una casa abandonada. Cuando la encontré, noté que llevaba un chaleco muy elegante y unos lentes. En ese momento quise sacarle fotos, pero desapareció. Después de buscarla, me quedé dormido sin darme cuenta.

Al despertar, me sentía muy raro y, sobre todo, ya no estaba en la casa abandonada... sino que me encontraba en un edificio, a una gran altura. Eso me asustó y me hizo caer del edificio, pero sorprendentemente, me descubrí volando por el cielo como un ave.

Al bajar, me di cuenta de que ya no era yo: era otra cosa, otra criatura. Desperté siendo otro. Cuando quise volver al lugar, me encontré con mi cuerpo descansando en la casa abandonada. Lo más raro de todo fue que, cuando quise verme, noté que llevaba puesto un chaleco elegante y unos lentes.

Al principio creí que estaba soñando, pero todo se sentía real... y aterrador. Pensé que sería mejor volver a mi casa y tratar de buscar cómo volver a ser yo otra vez. Llegué al anochecer, y me puse a buscar una ventana por dónde entrar. Al encontrar una, me dirigí a mi habitación, pero me acordé de que era muy difícil usar una computadora teniendo alas en vez de manos.

Después de muchos intentos, me rendí y decidí volver a la casa abandonada donde estaba mi cuerpo. En el camino, me encontré con un grupo de palomas que me seguían a donde fuera.

Cuando llegué, vi que ya no estaba mi cuerpo; solo había muebles viejos, pisos rotos y paredes descascaradas por lo antigua que era la casa. Estaba por amanecer, y aún no sabía cómo encontrar la solución para que todo volviera a la normalidad. Después de tanta búsqueda, me quedé dormido, pensando en qué pasaría si no volvía a ser yo. Eso me hizo sentir muy asustado y triste.

Al despertar, me encontraba en mi habitación, con mi computadora y mis notas tiradas en el piso. Todo era un verdadero desastre. Me sentí mucho más cómodo al pensar que solo había sido un sueño... o eso creí, hasta que vi que, entre el desorden, había un chaleco pequeño y elegante, acompañado de unos lentes y una nota que decía:

"Nada fue un sueño."



LA BRUJA, EL GATO Y EL INTERCAMBIO

POR JULIETA Y MAITE

Mi consuelo en las noches oscuras, en aquella casa vieja en Recoleta —casa de mis abuelos que solía visitar en los veranos—, era aquel gato negro.

Aquella casa, frente a un cementerio merodeado en las lunas llenas por la bruja de la casa 744, se llenaba de sombras. Mi consuelo ante esas noches sombrías fue ese felino teñido en sombras, como la misma noche. Sus ojos brillaban como un par de gemas verdes preciosas, y ahora, con los ojos cerrados, dormía plácidamente en mi pecho, transmitiéndome paz y calma. Me permitía ceder al sueño fácilmente, luego de un día largo, sumergiéndome en el río de la inconsciencia, donde la suave corriente acaricia la orilla de la tierra de los sueños.

No sin antes escuchar un leve y extraño pitido. Un sonido jamás antes escuchado en mi oído, al que no le tomé importancia, quizá por el sueño, quizá por el agotamiento. A pesar de eso, me fue imposible no notar una sensación difícil de describir. Aún con los ojos cerrados, noté el destello de una luz verde intensa,



parecida a la de un semáforo perdiendo el paso. Una sensación que nunca antes había sentido en mi cuerpo: un calor relajante, cálido y tan cómodo como extraño.

Esa noche tuve un sueño. Un sueño muy extraño. En aquel sueño, yo flotaba en mi habitación. Cuando observé mi cuerpo, era transparente y brillante. Al mirar hacia abajo, vi mi cuerpo dormido. Un maullido llamó mi atención, haciéndome levantar la vista. El gato negro estaba en el mismo estado físico —o no físico— que yo.

Ambos danzamos en un baile etéreo, girando uno alrededor del otro. No pensaba ni sentía nada más que una paz indescriptible. Sentí cómo fui succionada hacia abajo, al igual que el felino, y lo único que supe momentos después fue que abrí los ojos.

Desorientada, observé mi entorno. Inmediatamente noté que algo estaba mal. Sentía mi cuerpo encogido, el calor del pelaje por todo el cuerpo, el aroma a hierba fresca en mis bigotes, una nueva sensibilidad a los ruidos y olores. Todos mis sentidos estaban agudizados. Al observar el entorno, me percaté de que no encontraba mi propio cuerpo.



Caminaba torpemente y con prisa, desorientada y asustada, sin poder hablar o gritar para llamar a mis abuelos, ya que el único sonido que escapaba de mi boca no era más que un "miau" desesperado.

Al bajar las escaleras, me encontré con una imagen horrorizante para mi dignidad: mi cuerpo, ahora controlado por el viejo felino Sushi.

Sushi, en mi cuerpo, comía en cuatro patas, en pijama, con una rapidez que avergonzaría a cualquier gato del barrio. Sus manos humanas se movían imitando el movimiento de garras, recogiendo la comida y llevándola a su boca con una velocidad y eficiencia que habría sido admirable si no fuera por la baba y los restos de comida que caían de su barbilla, y la forma en que se lamía los dedos una vez que terminó. La ridícula escena dejaba en claro la felicidad del felino al comer su amada comida desde un cuerpo humano.



Antes de poder hacer algo para evitar que esa escena tan humillante y ridícula fuera vista por alguien, mi abuela entró a la cocina y, al verme a mí (o bueno, a mi cuerpo controlado por un felino), comiendo comida de gato, gritó horrorizada:

— ¡Ay, m'hija! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué barbaridad! ¿Qué te pasa? ¿Por qué comes comida de gato?

Como todo felino, solo respondía “miau” mientras se lamía la mano para limpiarse. Mi abuela, creyendo que era alguna broma ridícula mía, solo me regañó y me mandó a mi habitación, lo cual el gato, de mala gana y con mala cara, obedeció. Yo lo seguí de cerca, antes de que causara más problemas.

Una vez allí, traté de comunicarme con él a base de maullidos. Al parecer, aún entendía el idioma felino.

— ¡Esto es un desastre! ¿Cómo terminé en el cuerpo de un gato viejo y vago?

—Eso me ofende bastante —exclamó Sushi, molesto, con expresión ofendida—. Al menos no apesto a sudor y no me falta el pelaje. Los humanos son tan raros... sus sentidos dejan mucho que desear.



Deberían agradecer cuando les tengo la suficiente compasión como para traerles palomas para comer.

¡Y en vez de eso, se espantan! —dijo ofendido, con una mano sobre el pecho, negando con la cabeza.

— ¡Eso es asqueroso! Además, no es lo importante aquí. ¡Quiero mi cuerpo humano de vuelta!

—Yo no me quejo. Me gusta tener pulgares y poder abrir la nevera para comer lo que se me apetezca.

Mientras la ridícula discusión continuaba, un suave sonido proveniente de la ventana llamó nuestra atención. Un gato naranja se asomó por allí, con un pelaje que ardía como una llama cálida y suave.

— ¡Hola, amigos! ¿Qué sucede?

Miré a Sushi e intercambiamos una mirada, coincidiendo en nuestros pensamientos sin decir una palabra. Después de todo, ese gato era conocido por ser un aventurero del barrio.

— ¿Tú sabes algo sobre lo que nos pasó? ¿O viste algo extraño por la noche? ¡Despertamos y nuestros cuerpos estaban intercambiados!



—Déjame pensar... —mencionó el gato naranja con una sonrisa de suficiencia, balanceando su cola con picardía—. Por supuesto que lo sé... Por la noche, la bruja del 744 practicaba un hechizo nuevo. Pero para su sorpresa, su hechizo escapó hacia tu ventana —contestó, simple y tranquilo, lamiendo su pata. Ante la respuesta del felino soleado, mi piel se erizó al igual que mi pelaje, y mi rostro (ahora gatuno) cambió a una expresión de horror.

— ¿Qué vamos a hacer? ¿Sabes cómo romper el hechizo?

El gato naranja rió, entretenido con la situación.

—Bueno, eso es lo divertido: tendrán que convencerla de que les devuelva sus cuerpos —mencionó con una sonrisa astuta—. Una pista he de dejarles: “Me buscan en la oscuridad, donde las sombras bailan sin cesar. Pero mi debilidad es la luz” —fue lo último que dijo antes de retirarse tan rápido como había aparecido.

En silencio, Sushi y yo lo meditamos. Mientras él continuaba lamiendo su mano, relajado —parecía tan cómodo con mi cuerpo—, a mí ya empezaba a picarme la cara por los bigotes.



Luego de considerar el acertijo, llegamos a la conclusión de lo que necesitábamos llevarle de ofrenda para convencerla de cambiar nuestros cuerpos. Observé la lámpara de sal en mi mesa de luz y suspiré, derrotada.

Con Sushi llevando su cuerpo gatuno —con mi cuerpo humano—, nos dirigimos a la casa 744.

Mientras caminábamos, aprovechamos la primera y única vez que íbamos a entendernos y poder comunicarnos entre nosotros, para recordar momentos vividos desde mi infancia hasta este presente. Recordamos nuestro crecimiento juntos y los buenos momentos en cada vacaciones.

Una vez llegamos a la casa de la bruja, tocamos la puerta. Con un chirrido agudo, la puerta se abrió lentamente, revelando a una anciana de unos 98 años, con un aura sombría. Incomodaba con solo verla: con ojos hundidos que, aunque apagados y aparentemente ciegos, parecían ver más allá de lo visible. Arrugas profundas en su piel pálida como la de un muerto indicaban su encierro y sus actividades nocturnas.



Nariz puntiaguda y afilada con verrugas, labios finos, secos y agrietados, cabello grasoso, opaco, blanco y descuidado, atado en un moño mal hecho. Irradiaba sabiduría y misterio.

Inmediatamente entendió lo que ocurría con solo vernos. Cuando iba a echarnos, Sushi se quitó la mochila, mostrándole la lámpara de sal. La bruja cerró la boca de golpe. Luego de unos momentos, nos hizo pasar al interior.

Era una casa antigua de estilo colonial. Con cada paso, las maderas crujían. La fachada estaba cubierta de hierba y musgo. Las ventanas tenían rejas de hierro forjado que parecían diseñadas para mantener alejadas a las personas curiosas.

El interior era un laberinto de habitaciones y pasillos que se entrelazaban entre sí. Las paredes, adornadas con papel tapiz violeta oscuro y bordó, estaban decoradas con cuadros antiguos que daban un aire de misterio. Las alfombras viejas parecían venir de tierras lejanas. El ambiente era iluminado por candelabros, y en los estantes había libros y baratijas. La casa parecía tener vida propia. Incluso dudaba que esos susurros fueran solo del viento.

Nos hizo sentar en uno de los viejos sillones que se hundió bajo nuestro peso. La mujer se retiró temporalmente, dejándonos solos.

—Supongo que es un adiós, ¿no?

—No lo es. Puede que no hablemos otra vez ni nos entendamos verbalmente cuando vuelva a mi cuerpo. Pero estaré todos los veranos esperándote, Hestia.

Sonreí una última vez, sintiéndome más tranquila ante sus palabras. La anciana entró con un sahumerio extraño en un tarro, llenando la habitación de humo mientras susurraba palabras indescifrables, en una lengua antigua. Sentí mi conciencia desvanecerse lentamente, como flores de otoño ante el soplo de la brisa. Mi cuerpo se desplomó suavemente sobre el viejo sillón, sin fuerzas. La oscuridad me envolvió como un manto frío. Todo quedó en silencio.

Desperté lentamente, como una margarita cuando el sol sigue en el cielo. La suave luz entraba por la ventana. Sentí su calidez en mi rostro.



Al abrir los ojos, estos se enfocaron lentamente, como cámaras. Noté unos ojos verdes, felinos e intensos, viéndome con atención, como si compartiéramos un secreto. Permanecía allí tranquilo, recostado sobre mi pecho.

¿Todo fue real? ¿Sucedio realmente?, me pregunté mientras pasaba mis dedos por el suave pelaje de Sushi.





VOLAR

SIN ALAS

POR NAHUEL, SANTIAGO Y THIAGO

A mis 17 años, todo parecía ir de mal en peor. Las notas en la escuela caían en picada y las discusiones con mis padres se volvieron rutina. Mientras tanto, a mi hermano le iba bien en las clases y mis padres lo mimaban y lo apreciaban más que a mí.

Al atardecer, fui a despejar mi mente al bosque, después de haber discutido con mis padres por sacar una mala nota. Caminé entre los árboles, profundo en mis pensamientos, hasta que algo me devolvió a la realidad. A la lejanía escuché un susurro que decía: —Thiago... Thiago... Thiago...

Entonces decidí seguir el susurro, hasta que llegué a una cabaña abandonada y cubierta de vegetación. Al acercarme, los susurros se escuchaban desde debajo de mí. Observando bien el piso, noté que había una madera suelta y decidí arrancarla, encontrándome con una caja vieja. Debajo de la caja estaba la llave que la abría.

Cuando la abrí, encontré fotos de mi infancia. En ese momento sentí miedo, curiosidad e intriga.

A su lado había un amuleto con forma de cráneo de ave; parecía que dentro tenía una gema de color verde que brillaba. Lo agarré porque me llamó la atención y empecé a sentir una sensación rara. Todo mi cuerpo comenzó a hormiguesear y sentía cómo mis dedos se empezaban a pegar. Mis huesos se achicaban; empecé a sentir que me salían plumas por todo el cuerpo.

Me desvanecía, y poco a poco mis ojos se cerraban. Al poco tiempo me desperté confundido. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que los muebles habían crecido. La confusión me invadió y salí corriendo del miedo. Noté que ya era de noche. El bosque, que antes me parecía familiar, ahora era un laberinto aterrador. La oscuridad era profunda y se apoderaba del lugar.

Sentí un escalofrío; mi cuerpo se estremeció, dejando caer una pluma de color marrón con detalles verdes. Sentí miedo. Quise agarrar la pluma, pero no pude, porque tenía alas. Mientras estaba confundido, vi una sombra. Comenzó a moverse con gran rapidez. Con el corazón latiendo con fuerza, comprendí que no estaba solo.

Intenté encontrar un lugar para esconderme; recorrí el suelo del bosque buscando un refugio, mientras veía cómo la sombra se acercaba más y más. Tropecé y caí en un lugar familiar. Reconocí una luz a la lejanía: era mi casa. Entonces corrí con todas mis fuerzas, pero el terreno era traicionero y la oscuridad me confundía. De repente, un par de ojos brillantes aparecieron frente a mí. Era un zorro ágil y hambriento. Se me abalanzó. Intenté esquivarlo, pero era demasiado tarde. El lobo (o zorro) me atrapó con sus dientes y el dolor fue fulminante. En ese momento comprendí la fragilidad de mi existencia. Había buscado escapar de mis problemas y, en esa búsqueda, me encontré con un final trágico. Mientras mi vida se desvanecía, pensé en mi hermano, en mis padres, y en cómo nunca podría reconciliarme con ellos. En mi último suspiro me di cuenta de que, aunque había buscado volar, nunca llegué a entender la verdadera esencia de la vida.

NO
Toques
ESE FRASCO

POR AGUSTINA, ANTONELLA, MAITENA Y UMMA

Estoy cansado, todos los días intento que funcione este experimento. Estoy a nada de rendirme.

— ¿Por qué sigo con esta obsesión? —me pregunto.

Ahí estaba otra vez el recuerdo de ella, recordándome por qué sigo intentando.

Fui a mi consultorio, preparé las cosas y empecé, pero no podía concentrarme por el ruido de una pelota golpeando la pared.

— ¡Jere, te dije que estoy trabajando! ¡Necesito silencio!

—Perdón, pá... solo quiero jugar con alguien. ¿Querés jugar conmigo?

—Estoy ocupado ahora.

— ¿Te puedo ayudar?

—No, hijo. Es peligroso para vos. Tal vez cuando seas más grande puedas.

A veces puedo jugar con él y otras no. Solo me tiene a mí para jugar, no tiene hermanos y, desafortunadamente, su madre nos dejó cuando él nació. Así que solo somos él y yo.

Trabajo todos los días como herpetólogo, solo por ella: mi esposa. Le encantaban las ranas, y siempre que me tocaba trabajar con una, ella estaba ahí, al lado mío. Por eso estoy experimentando con ranas: necesito encontrar una fórmula que me permita generar muchas más, antes de que queden pocas.

Mientras estaba en mi laboratorio, olvidé mis herramientas, así que fui a buscarlas. Pero no pensé que mi hijo entraría. Cuando volví, estaba jugando con la mezcla que había preparado.

— ¡Jere, no toques eso!

Se asustó y, sin querer, tiró el frasco al piso. Como yo no tenía guantes puestos, la sustancia salpicó mis manos.

— ¡Te dije que no tenías que entrar acá, y menos sin mi permiso!

—No lo hice a propósito... pensé que era inofensivo — dijo mi hijo, asustado.

De repente, empecé a sentirme un poco mareado, pero no le di importancia. Más tarde, noté que mi mano, donde me había caído la sustancia, estaba de un color verde y se sentía pegajosa. Pero no pensé que sería tan grave... hasta que, poco a poco, me fui convirtiendo en una rana horrible. Y ahí me di cuenta de que mi experimento había funcionado... pero no como yo pensaba.



El día que todo cambió

Por Diego y Joaquín

Recuerdo el día en que mi vida cambió para siempre. Estaba en la selva, rodeado de árboles altos y sonidos desconocidos. Uno de esos sonidos era particular: sonaba a un animal agresivo y hambriento. Pero no le di importancia y seguí mi camino, cuando de repente apareció un mono. Parecía amigable, así que me acerqué para darle algo de comida. Sin embargo, asustado por mi presencia, el mono saltó sobre mí, clavando sus uñas y causándome heridas en el cuerpo. Caí rápidamente al suelo frío y húmedo. Me revolcaba del dolor. En ese momento, sentí una extraña sensación en mí. Mi piel comenzó a picar y mis sentidos se agudizaron. Miré mis manos mientras se transformaban en garras. Siempre había sentido una conexión con la naturaleza, pero nunca imaginé que me convertiría en parte de ella. La transformación fue rápida y dolorosa. Mi cuerpo se cubrió de pelo suave y oscuro, y mi rostro se alargó en un hocico. Me sentí confundido y asustado.

Al principio, me costó adaptarme a mi nueva forma. Me tropezaba con mis propias manos y me sentía torpe. Pero, a medida que pasaba el tiempo, comencé a disfrutar de mi nueva libertad. Me balanceaba entre los árboles con facilidad y sentía una conexión profunda con la selva. Descubrí que podía comunicarme con los demás monos de una manera que nunca había imaginado. Ahora, miro hacia atrás y veo que mi transformación fue un regalo. Me permitió ver el mundo de una manera diferente y apreciar la belleza de la naturaleza. Aunque extraño mi forma humana, sé que nunca volveré a ser el mismo. Soy un mono, y esta es mi nueva realidad. Me siento libre y en paz, balanceándome entre los árboles, sintiendo el sol en mi espalda y el viento en mi rostro.



Boda Insecta



Por Nahuel





Una mañana me desperté después de un sueño intranquilo.

Me sentía algo extraño en la espalda, quise mirar para ver qué era y vi que tengo alas. Empecé a mirar objetos, todos los objetos y eran muy grandes.

De la nada comienzo a volar. Me asusté, no podía controlar mi cuerpo. Me miré que tenía patitas de insecto. Intenté ir al espejo, poco a poco. Cuando llegué me vi y era una abeja.

Justo tenía que ir a la 6 de la tarde a la iglesia, eran las 2 de la tarde, lo más importante de hoy necesito ir a mi casamiento y en un momento dejé de volar.

Me quedé pensando un buen rato. De nuevo vi el reloj y era la 3:30. de la nada.

Toca mi amigo para ver así seguía durmiendo. Le dije que estaba despierto y también que se vayan adelantando a la boda, que voy a caer en un rato.

Mi amigo me dijo "Bueno me voy yendo a la boda, te veo allá". No sabía qué hacer para ir. Comencé a rezar y preguntarme por qué una abeja.





Vi otra vez el reloj y eran la 4:45. Cuando quise salir, no podía abrir la puerta y entonces vi la ventana abierta, intenté volar pero no controlaba mi cuerpo.

Después de 20 minutos para dominar cómo volar, me fui volando hasta la boda y cuando veo a mi mujer, su primera reacción fue matarme como un insecto. Al final acabé yéndome de la boda y para siempre



Mi mundo, una abeja



Por Leandro



Todo se remonta al 25/04/25, fue un día que me encontraba muy cansado, ya que tuve un largo y extenuante día, al trabajar, estudiar e ir a entrenar. Ya eran las 23:23 hs y yo pensaba en que me hubiese encantado haber sido un animal para vivir la vida de una mejor manera. Eso es lo que yo pensaba, hasta que me quedé dormido esperando otro día largo y cansador como lo eran normalmente.

Al despertarme me encontré en el cuerpo de una abeja. Era muy extraño, pero me terminé adaptando. Era lo que yo siempre quise. Salí de la cama y viví mi vida como si fuese una abeja. Pensé q iba a ser fácil pero no, era más difícil de lo que pensaba. Tenía que acoplarme a una enjambre de abejas y no fue nada fácil, recolectar el polen y néctar de las plantas, ayudar con las colmenas. Pero de a poco te vas adaptando. Al terminar el día me fui a descansar un poco disconforme porque no fue como yo pensé que era. Y al despertarme al otro día volví a ser yo y a tener mi vida normal.

Me puse a pensar y me di cuenta que no es nada fácil ser un animal ya que tienen un papel crucial en nuestro planeta tierra, no solo la abeja sino q muchos animales más, y desde ese día "pude ver al planeta de otra forma".



Un deseo hecho realidad



Por Agustina

Todo comenzó una tarde cuando salí a navegar con mi familia. Nos gustaba ver el atardecer cuando el sol desaparecía en el agua, mientras mirábamos los peces para por alrededor nuestro.

Era una tarde diferente, el agua se había puesto cristalina y un calor poco común en mayo invadía este momento del atardecer. Mi familia y yo estábamos muy felices por el hermoso día que nos había tocado, mientras sacábamos fotos de cada momento porque era increíble lo que estábamos viviendo. Un grupo de ballenas de repente aparece en frente nuestro.

_ ¡Que loco! _dice mi papá_ éstas no son aguas donde pueda haber ballenas.

Lo raro de que estén ahí no nos importó ya que se veían felices y podíamos ver como jugaban entre ellas. Yo nada sé de ballenas pero en mi cabeza viéndolas podía imaginar que eran una familia (mi familia) pude imaginar qué el más grande de ellos era mi papá, también así mi mamá y mis hermanos y yo éramos los que jugábamos sin parar.

Mientras la estrella fugaz caía yo solo veía como la ballena más chica era la que me había imaginado qué era yo. En ese momento mi papá decidió anclar y qué nos vayamos a dormir porque era muy tarde para regresar.

Cuando desperté creyendo que era una mañana normal, algo noté qué había cambiado, algo era diferente. Me quise sentar en la cama pero en lugar de mis brazos y piernas, sentí un peso extraño y una forma que no reconocía. Miré hacia abajo y para mi sorpresa, no vi mis manos. En su lugar, había un cuerpo enorme y azul, cubierto de una piel suave y brillante. ¡Me había convertido en una ballena! Intenté llamar a mi mamá porque tenía miedo, pero solo emitía un sonido raro y fuerte. Cuando mami fue a ver que me pasaba nos dimos cuenta que todos nos habíamos convertido en ballenas. Pasamos un día hermoso nadando y jugando en el océano. Fuimos ballenas por un día y nuevamente llegaba el atardecer junto con la estrella fugaz cuando papá decide que deberíamos acostarnos a dormir.

EL AGUA Y YO

POR LUCIANO

Era un día común como cualquier otro, me levantaba a las 6:30am como de costumbre para ir al trabajo. Me lavé la cara, me preparé como siempre. Era un día común nada fuera de lo cotidiano. Fui al astillero, llegué 15 minutos antes que mi jefe. Preparé unos mates con medialunas. Después de desayunar trabajé hasta las 20:00 pm. Volví a casa cansado y agotado como siempre. Ya me estaba hartando de que sea siempre lo mismo. Me fui a dormir para olvidarme de todo.

Justamente ese día en el astillero vi un hermoso y precioso delfín en el río. ¡Cómo desearía ser uno para salir ya de esto!

Me dormí en esos cinco minutos. A la mañana siguiente fue la misma maldita rutina de todos los días hasta que llegué al trabajo.

Mi jefe me dice: _ Hoy arreglá ese barco y podés irte a descansar. Yo como me quiero ir rápido lo hice lo más rápido posible, pero como siempre lo apurado siempre sale mal me caí al río. Al final se me cumplió mi deseo.

_ ME CONVERTÍ EN UN DELFIN !!!!

Al poco tiempo quise ser yo nuevamente, intenté salir del agua y volví a ser yo y descubrí que tenía ese poder. Desde ahora mi vida no será tan repetitiva.

B A J O

LA PIEL

DEL AGUA

Por Diego

Siempre supe que el mar me llamaba. No era una simple fascinación, era una necesidad. Cada vez que me acercaba a la orilla, sentía como algo dentro de mí se acomodaba, cómo si cada ola afinara una cuerda invisible en mi pecho. La transformación comenzó una mañana cualquiera. Me lancé al agua como siempre, con la intención de nadar hasta las boyas y volver. Pero al sumergirme, sentí una punzada aguda en los pulmones, seguida de una vez extraña. Podía respirar, pero no aire, agua. Entré en pánico, pero mi cuerpo no. Mis brazos se alargaron y curvaron, mis piernas se fusionaron en una poderosa cola. El mundo se volvió azul, pero no un azul triste, sino vivo, vibrante. Mi voz, al intentar gritar, emergió en un silbido agudo que rebotó en las profundidades con precisión. Era un delfín, al principio pensé que era un sueño. Pero los días pasaron o las mareas, no sabía qué decir y comprendí que no era una pesadilla, ni un castigo. Era una respuesta. Ahora, cuando salgo fuera del agua y mi piel brilla al sol, siento que por fin pertenezco a algún lugar, Ya no recuerdo del todo como era caminar, ni cómo sonaban las palabras humanas al salir de mi boca. Pero no lo extraño, aquí entre las corrientes y los corales, encontré lo que allá nunca supe nombrar, libertad.



P O R M A R T Í N

ENCUENTRO
DE UN
CAZADOR

Me iba a cazar y a acampar cerca de río en plena noche, cuando termino de armar la carpa, de la nada escucho una liebre. Me levanto, agarro mi rifle y voy atrás de la liebre. Cuando logro matarla con mi rifle, saco mi navaja y empiezo a cortarla y sacarle la piel para comérmela. De repente, veo unas bayas tiradas en el suelo qué eran de un color raro. Como todo un curioso que era me las comí. Al rato me empecé a sentir mal, así que guardé el cuerpo de la liebre y me fui a dormir.

Al otro día cuando me levanto, me sentía raro, como si hubiera cambiado de cuerpo. Salgo de la carpa y camino hacia el río. Cuando miro mi reflejo en el agua el río, me di cuenta qué me había convertido en un erizo.

Al principio no sabía qué estaba pasando, pero luego me acordé de las bayas que había comido. ¡Claro! Las bayas tenían un efecto de metamorfosis que me había cambiado a un erizo.

Fui a buscar la forma de volver a cambiarme a humano, pero me di cuenta que me gustaba mi nueva vida como erizo. Era una nueva experiencia y una nueva forma de vida. Al pasar el tiempo viviendo en mi nuevo cuerpo seguí buscando la forma de volver a mi antigua vida. Pero me gustaba esta vida como erizo y al fin decidí quedarme viviendo en esta linda vida.



LA LLAMADA DEL MAR

POR ÁMBAR

Todo empezó cuando me desperté un lunes con una obsesión rara por el agua. No agua para tomar. Agua para tirarme de bomba. Raro. Pero bueno, uno tiene sus fases.

Al segundo día, ya no podía caminar bien. Sentía que mis piernas querían juntarse, como si quisieran ser una sola. Y al tercero... ya no tenía piernas. Tenía una cola. Gris. Lisa. Con olor a mar. Me estaba convirtiendo en... una foca.

No lo vi venir. Mis amigos me decían “che, estás rara” y yo solo respondía con un “¡ou ou ou!” cada vez más grave. Mis manos se achicaban, mis ojitos se agrandaban, y me daban ganas de rodar por la arena. Pero ahí entendí: esto no era una maldición. Era mi destino. Yo no nací para andar con zapatos. Yo nací para deslizarme con elegancia por el hielo, para hacer piruetas en el agua y para aplaudir con mis aletitas cada vez que veo algo que me gusta.

Y así fue como dejé de ser humana... y empecé a ser feliz. F de Foca. F de Final feliz.

EL DÍA QUE PERDÍ MI HUMANIDAD



POR LUCIANO

Tuve un sueño en el que me convertía en gato y me miraban asombrados. Al día siguiente desperté transformado en gato pero pensé que estaba soñando ya que al día anterior había tenido ese sueño. Justo esa noche había dormido con mi perro así que apenas me olió se despertó y se abalanzó sobre mí pero de un salto pude escapar por la ventana.

Me di cuenta que me había vuelto muy ágil y no me costaba moverme, corrí por el patio y trepé el paredón como una escalera. Noté que mi olfato había aumentado ya que sentía olores que antes no percibía y desarrollé una atracción por perseguir animales pequeños como ratones.

Aún pensaba que estaba soñando así que no me preocupé. Estuve un rato de techo en techo hasta que se largó a llover y sentí mi cuerpo frío y pesado.

Esto ya no me estaba gustando así que decidí subir a un poste de luz y morder un cable para ver qué pasaba pero en lugar de despertarme sentí como mi cuerpo se quemaba por dentro, caí al suelo y cuando sentía que iba a morir apareció un cubo con un ojo y me dijo que me había transformado en un gato para que vea como era la vida de otros seres porque escuchó que no me gustaba ser humano debido a que tenía muchas responsabilidades como ir al colegio. Le pregunté quién era y me dijo que era Dios pero aún no era digno de ver mi verdadera forma y que agradezca qué no me había convertido en un gusano o en una rata. Tras decir esto desapareció y yo aparecí en mi habitación con mi cuerpo humano. En ese momento miré al cielo y susurré "gracias".



UN DÍA CON 7 VIDAS

POR EVELYN



Hoy desperté en el techo de una casa que no recuerdo haber visitado antes. El sol acariciaba mi lomo y mis bigotes se movían con el viento. Me estiré, dejando que mis garras rasparan las tejas, y bajé ágilmente al jardín.

La familia humana aún dormía, así que aproveché para explorar. Salté sobre la cerca, corrí tras una mariposa y desperté a un par de palomas con orgullo. Ser gato no es solo maullar y dormir, ¡Es toda una aventura diaria!



Por la tarde, me refugié bajo un auto para escapar de la lluvia. Pensé en lo afortunado que era de tener siete vidas. Ya he usado al menos dos, pero todavía me quedan suficientes para seguir siendo el rey del barrio.

EL DESPERTAR INESPERADO

Por Candela

No sé exactamente qué pasó. Ayer me fui a dormir como siempre a las 10:00, cerré los ojos y me dormí pensando en la exposición de la escuela que trataba sobre los animales y cada uno teníamos que hablar sobre nuestro animal favorito. Obviamente hablé sobre el jaguar.

Me sonó la alarma a las 6:00 am, como siempre. Me fui a lavar la cara primero pero esa mañana algo era diferente. Me sentía rara. Al mirarme las manos descubrí que ya no tenía manos si no que eran patas fuertes, grandes, cubiertos de pelo negro con manchas blancas. ¡Tenía cola! ¡Tenía garras!

Me levanté de un salto, confundida, y sentí cómo todo mi cuerpo se movía con fuerza, podía correr sin cansarme. Y dentro de mí algo rugía, no de miedo sino de poder. Yo era un jaguar.

Corrí por mi casa libre, salvaje, feliz. Nadie me decía que hacer ni cómo comportarme. Era yo y nada más.

No sé si fue un sueño o magia, solo sé que cuando desperté en mi cama, con mi pijama de peludito. Aún podía sentir el rugido en mi pecho. Y ese día, cada vez que cierro los ojos... espero volver a ser este jaguar.



Los ojos Curiosos

Por Benjamín

Un día me despierto en mi cama sintiéndome extraño. Al abrir los ojos, me di cuenta de que todo había cambiado. En lugar de manos humanas tenía patas suaves y peludas. Mirándome al espejo descubrí que me había transformado en un koala. Confundido y asustado intenté recordar cómo había llegado a ser un animal. No había comido nada raro la noche anterior ni había tenido sueños extraños. Solo había estado pensando en un amor por la naturaleza y los árboles. Pero ahora, era un koala con un pelaje gris y ojos grandes y curiosos.

Al principio, la vida como koala fue complicada. Mi familia no podía entender mi extraña transformación. Intentaron hablar conmigo pero solo pudieron escuchar suaves sonidos de koala. Me sentí aislado y triste, ya que no podía comunicarme como antes. Sin embargo pronto comprendí que tenía una nueva perspectiva del mundo.

Me trepé a los árboles de mi jardín y descubrí la belleza del paisaje desde lo alto. El aire fresco y el sabor de las hojas llenaron mi ser de alegría.

Mientras pasaba mi día descansando en las ramas comencé a observar a mi familia. Desde una nueva altura me di cuenta de cuánto me amaban y me extrañaban.

Yo estaba desesperado por comunicarme con ellos pero no sabía cómo hacerlo, simplemente me acosté en una rama arriba de un árbol y me puse triste. En eso no me di cuenta y me quedé dormido.

Al despertar me di cuenta que me había convertido nuevamente en humano y rápidamente fui a abrazarlos porque los extrañaba.

UN MONO

en el quinto piso

POR ZARA



El sol me pegaba fuerte en la cara. Abrí los ojos y traté de recordar qué hora era y por qué mi cama estaba tan dura. Quise estirarme, pero sentí algo raro. Mis brazos estaban cubiertos de pelo grueso y oscuro. Me asusté y me senté rápido. Grité, pero no era mi voz. ¡Era un chillido! Miré mis manos.... Pero ya no eran mis manos ¡Eran patas! Tenía dedos largos y todo mi cuerpo estaba cubierto de pelo marrón ¡Me había convertido en un mono! Me paré cómo pude, sintiendo algo pesado en la parte de atrás, ¡Tenía una cola!

Corrí al espejo del baño. Lo que vi me dejó sin palabras. Un mono grande me miraba desde el espejo. Sus ojos eran color ámbar y estaban llenos de miedo ¡Ese mono era yo! De repente me dio un hambre. Nunca había sentido tanta hambre, recordé que tenía bananas en la cocina y fui para allá, caminando en cuatro patas. Abrí la heladera (me costó mucho con mis nuevas patas) y saqué unas bananas. Me las comí todas rapidísimo, y me sentía muy feliz.

importante.

Pero tenía otro problema. Vivía en un departamento en un quinto piso. ¿Cómo iba a salir siendo un mono? No podía usar el ascensor ni las escaleras. Seguro los vecinos se iban a asustar. Entonces vi el balcón. Afuera, había un árbol grande en el jardín. Pensé algo loco: ¿Y si saltaba hasta el árbol?

Fui hasta el borde del balcón, me dio mucho miedo, pero estaba desesperado. Respiré hondo, miré el árbol y salté. Por un momento sentí que caía.... Pero mis manos se agarraron fuertes a una rama. ¡Lo logré! Empecé a moverme entre las ramas como si siempre lo hubiera hecho. Bajé al suelo y corrí hacia el parque, ahí vivía un grupo de monos. Al principio me miraron raro, pero después me aceptaron. Aprendí a buscar comida, a trepar árboles, y a comunicarme con ellos. Mi vida ahora era simple, ya no me preocupaba por el trabajo ni las cuentas. Vivía el momento, comía, jugaba y descansaba. A veces, por la noche, me acordaba de mi vida anterior.... Pero ahora era feliz siendo un mono y eso era lo más

ENTRE RAMAS Y RECUERDOS

Por Milena



Era una mañana común cuando me desperté con una sensación extraña. El sol entraba a raudales por la ventana, iluminando mi habitación desordenada, pero algo en el aire me decía que ese día sería diferente. Me levanté de la cama y, al mirarme en el espejo, noté algo fuera de lugar: mis manos estaban más peludas de lo habitual.

Al principio pensé que era solo una ilusión causada por la falta de sueño, pero a medida que avanzaba la mañana, la sensación de rareza crecía. Mis dedos se alargaban y se retorcían, y una inquietante energía recorría mi cuerpo. La transformación comenzó lentamente; mis brazos se sintieron más fuertes y mis piernas más ágiles.

Decidí salir a dar un paseo para despejar mi mente. Mientras caminaba por el parque, vi a otros humanos: niños jugando, adultos conversando, y un grupo de jóvenes riendo en un banco. Me sentí extraño entre ellos, como si perteneciera a otro mundo. Cuando intenté saludar a un amigo, una risa involuntaria salió de mi boca; no era una risa humana, sino un sonido primitivo que resonó en mis oídos.

A medida que avanzaba el día, mi metamorfosis se intensificó. Mis sentidos se agudizaron; podía oír cada susurro del viento y captar los aromas más sutiles de las flores. La naturaleza me llamaba con una fuerza irresistible. Decidí seguir ese impulso instintivo y me adentré en el bosque cercano.



Allí, rodeado de árboles altos y susurros de hojas, experimenté una libertad que nunca había sentido antes. Saltaba de rama en rama con facilidad sorprendente, sintiendo cómo mi cuerpo se movía con gracia y agilidad. Miré hacia abajo y al notar mi reflejo en un arroyo me quedé atónito: un mono gigante y curioso miraba de vuelta. No podía creer lo que veía, era mi nueva apariencia.

La repentina noticia de mi nuevo aspecto me impactó de tal modo que solté las ramas y comencé a caer en dirección a unas rocas que bordeaban el arroyo, por lo que creí que moriría y cerré los ojos para disfrutar de una última brisa fresca.

De pronto, en el último instante de la caída, sentí una mano que me sostuvo y evitó el impacto. Era un igual, otro mono gigante, ruidoso, peludo, con dedos alargados, pero esta vez esa apariencia no me afectó en lo más mínimo, solo veía a mi salvador, la mano que no dejó que me caiga.

Una vez en suelo firme, me di cuenta que ese mono que salvó mi vida no era el único presente, estaba acompañado de toda una familia de monos, los cuales eran muy sonrientes y me aceptaron como un integrante más en cuestión de minutos.

Los próximos días pasaron volando, aprendí sus costumbres, su forma de comunicación, y me sentí muy atraído y a gusto con la nueva forma de vida que estaba atravesando, como si hubiera escapado de una prisión en la cual estuve encerrado por años.

A veces el recuerdo de mi vida anterior regresaba como un eco lejano. Pensaba en mis amigos humanos, preguntándome si alguna vez entenderían lo que significaba ser realmente libre. Pero cada vez que esas dudas surgían, me dejaba llevar por la risa contagiosa de mis nuevos compañeros.

Hoy miro hacia atrás y veo dos vidas: la del hombre apresurado que solía ser y la del mono feliz que soy ahora. Ambas son parte de mí, pero he elegido abrazar la libertad del momento presente sobre las preocupaciones del pasado.

POR LUCÍA

NO ERA UN SUEÑO ERA UNA NUTRIA



Me desperté una mañana sintiendo algo extraño. El sol apenas entraba por mi ventana, pero no estaba en mi cama. No. Estaba acostada sobre algo húmedo y blando. Al abrir los ojos, lo primero que vi fue agua por todos lados. ¡¿Agua?! Y al mirar mis manos...ya no eran manos, eran... ¡¿Patas?! ¡Patas pequeñas y cubiertas de un marrón brillante!

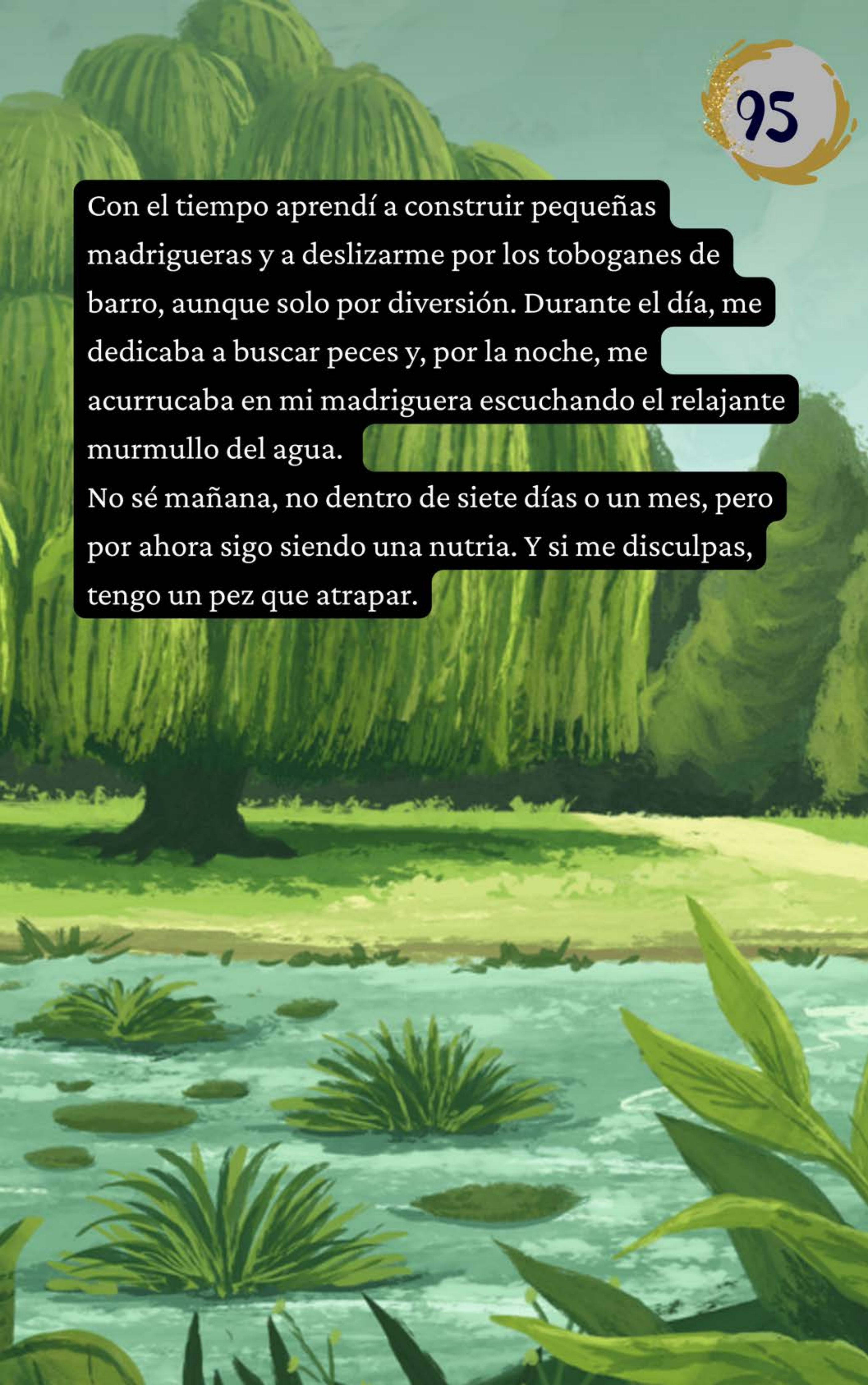
-¿Por qué...qué es esto? – no pude hablar, lo único que salió de mi boca fue un chillido agudo.

Salté, o más bien rodé, y caí al agua. Al principio, el pánico me invadió y creí que me ahogaba. Moví las patas torpemente pero, para mí sorpresa, mi cuerpo sabía exactamente qué hacer. Me deslicé por el agua con mucha facilidad, como si hubiera nadado así durante toda mi vida. Sentí el frío del agua por todo mi cuerpo, y ni me inmuté, entonces fue ahí cuando me di cuenta: me había convertido en una nutria.

Entré en desesperación. ¿Cómo volvería a casa? ¿Qué diría mi familia? Pero poco a poco comencé a disfrutar de zambullirme en el agua y sentirla recorrer todo mi pelaje. Encontré una piedra y me acosté sobre ella, antes de comenzar a golpear una almeja contra ésta hasta que se abrió. La probé y estaba deliciosa.

Con el tiempo aprendí a construir pequeñas madrigueras y a deslizarme por los toboganes de barro, aunque solo por diversión. Durante el día, me dedicaba a buscar peces y, por la noche, me acurrucaba en mi madriguera escuchando el relajante murmullo del agua.

No sé mañana, no dentro de siete días o un mes, pero por ahora sigo siendo una nutria. Y si me disculpas, tengo un pez que atrapar.



POR CONSTANZA

REENCARNACIÓN



Estaba durmiendo muy plácidamente cuando un ruido aterrador me despertó. Abrí los ojos y me di cuenta que al frente mío había un león pero el león parecía asustado y huyó lo cual me pareció muy raro, pero seguí en busca de un lugar que se convertirá en mi nuevo hogar. En el camino me crucé con una tribu. Me quise acercar a pedir comida, fui poco a poco, pero a medida que me iba acercando las personas me veían raro, algunos incluso huían. Yo miraba para atrás pero no veía nada inusual, excepto la multitud de personas que me miraban boquiabiertos, como si fuera un bicho raro. En ese momento miré mis manos y me di cuenta que poco a poco mi piel se transformaba en pelo, tenía muchísimo pelo. ¡Cómo un animal salvaje! Mi voz también estaba cambiando mucho, era más rasposa. Encontré una fogata pedí permiso y me senté. Pero al instante todos se fueron. Al ver cómo todos se alejaban de mí decidí irme del lugar. Pasaron dos días los cuales caminé y caminé sin parar, estaba muy cansando. Caminé un poco más y me encontré con una casita de madera. Toqué la puerta y me abrió una amable anciana, me dejó pasar, le conté mi historia. Y en ese momento me trajo un espejo chiquito muy chiquito, ahí me vi. Y me di cuenta que me estaba convirtiendo en un oso aterrador. La anciana me dio una poción mágica y volví a ser humano. Eso paso hace varios años y hasta el día de hoy sigo siendo humano.

SILENCIO DE ESCAMAS



POR TOBÍAS

Siempre fui alguien común, o al menos eso pensaba. Cada mañana, mi reflejo me devolvía la misma imagen: ojos cansados, cabello despeinado y una rutina que no variaba. Pero algo comenzó a cambiar. Todo empezó con una sensación extraña en la piel, como un cosquilleo constante. Los días pasaban y el cosquilleo se volvió picazón. Pensé que era una alergia, algo pasajero. Sin embargo, mi piel empezó a secarse, a volverse áspera y escamosa. En un intento desesperado, me cubría con ropa larga, ocultando el extraño patrón que comenzaba a formarse en mi cuerpo. Mis sentidos también se agudizaron. El calor del sol me resultaba insoportable, pero el frío del suelo, reconfortante. Mis ojos percibían el más mínimo movimiento, y mi olfato captaba aromas que antes eran imperceptibles.

Entonces llegó el dolor. Una noche, mientras intentaba dormir, sentí cómo mis huesos se comprimían, mis extremidades se encogían y una presión insoportable recorría mi columna. Grité, pero mi voz se volvió un siseo. Cuando desperté, mi cama era un nido de sábanas revueltas, y mi cuerpo... ya no era el mismo.



Había perdido los brazos, las piernas, y mi piel era completamente escamosa. Me deslizaba sin esfuerzo por el suelo. Mi lengua se había dividido en dos, vibrando en el aire, captando olores con cada movimiento. El miedo se transformó en algo más: instinto. Podía percibir cada sonido, cada movimiento a mi alrededor. Ya no pensaba como antes, mi mente era una mezcla de recuerdos humanos y sensaciones primitivas. Vagué por la oscuridad de mi habitación, buscando una salida. El mundo se había vuelto inmenso y extraño. Los muebles eran montañas y las sombras, abismos. Pero en lugar de desesperarme, me descubrí acechando, moviéndome con sigilo, controlando cada músculo de mi nuevo cuerpo. A medida que pasaban las horas, el horror inicial se convirtió en fascinación. Mi vida humana parecía un sueño distante. Ahora era astucia y sigilo. Ahora era una serpiente.



POR LUCIANA

*El veneno
dentro mío*

Me desperté con un sobresalto, sintiendo un dolor agudo en mi cuerpo. Al principio, pensé que era solo un sueño, pero cuando miré hacia abajo, mi corazón se detuvo. Mis manos habían desaparecido, y en su lugar, había escamas brillantes que cubrían mis brazos, mi cuerpo se estaba transformando en una serpiente. Me sentí aterrada y confundida ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué me estaba pasando esto?

Intenté gritar, pero en lugar de una voz humana, salió un siseo débil de mi boca. Mi lengua era rara y mi sentido del olfato era muy fuerte.

Me deslicé fuera de la cama y me encontré en el suelo, sintiendo la textura fría del piso bajo mi cuerpo. Me miré en el espejo y vi una serpiente con ojos humanos que me devolvían la mirada.

No sabía qué hacer ¿Cómo iba a vivir como una serpiente? ¿Cómo iba a comunicarme con los demás? Pero a medida que exploraba mi nuevo cuerpo, comencé a sentir una libertad que nunca había conocido antes. Me deslizaba por el suelo con facilidad, aprendí a cazar y a sobrevivir como una serpiente. Y aunque extrañaba mi vida humana, descubrí que había una belleza en mi nueva forma que nunca había imaginado.

Ahora, vivo en un mundo diferente, pero con una nueva perspectiva y una nueva apreciación por la vida. Y aunque no sé qué futuro me espera, estoy lista para enfrentar cualquier desafío.

LA CORAL

QUE SALIÓ DE LAS

LLAMAS



POR LEÓN

Me llamo Víctor Ekans. Un día por la mañana me levanté para prepararme e ir a mi trabajo de bombero, pero me levanté un poco raro, sentía que mis brazos eran un poco más cortos y me costó caminar, pero no le di importancia. Después de desayunar salí para no llegar tarde. En mi trabajo me sentía mareado y tenía mucho frío, aunque era invierno así que no se me hizo raro. Mis compañeros me recomendaron que vaya al médico por mi bien pero no les hice caso y seguí trabajando, aunque está empezando a ver menos. Cuando estamos almorzando sonó la alarma de incendio, me preparé para salir enseguida a pesar de no haber comido mucho, porque sentí con si no tuviera un par de dientes.

Cuando llegamos al edificio, estaba cubierto por completo de fuego. Al momento de entrar me sentí cómodo en ese lugar a comparación del frío de afuera, pero eso no me iba a distraer de mi trabajo. Rescatamos a todos los supervivientes y los subimos a las ambulancias, pero quería volver al edificio porque no podía soportar el frío. Entonces me saqué el traje de bombero y corrí hacia el incendio.



Me resistí a los intentos de frenarme y cuando logré entrar no podía ver nada porque todo era rojo y amarillo. De la nada no sentía mis piernas y nos podía caminar. En se momento de desesperación escuché la voz de mi amigo (Rodrigo Retnuh) que llamaba. - ¡VICTOR!-gritaba -por acá-respondí -¿Estás bien?-dijo al saber que lo escuchaba -ssssssi-dije de manera extraña incluso para mi. - ¿dónde estás?-dijo Rodri. Lo único se escuchaba era el ruido de la llamas. Rodri siguió gritando mientras yo arrastrándome por abajo del fuego me acercaban a su voz. De la nada Rodrigo grita – ¡Una serpiente gigante!- y eso es lo último que escuché. Después me enteré que Rodrigo había matado a la serpiente de un hachazo en la cabeza. ¿Qué loco verdad? Qué mal ahora me enteré que esa serpiente era yo, pero bueno ¿Ahora puedo entrar al cielo Dios?



POR VICTORIA

*Entre piel
y*

escamas

Nunca imaginé que mi vida cambiaría de manera tan radical. Todo comenzó una tarde cualquiera, mientras caminaba por el bosque cercano a mi casa. El aire estaba cargado de un aroma extraño, dulce y penetrante, que parecía llamarme hacia un claro oculto entre los árboles.

Al llegar, encontré una antigua piedra cubierta de musgo, con inscripciones que no lograba entender. Sin pensarlo, toqué la piedra con la palma de mi mano. De inmediato, una corriente cálida recorrió todo mi cuerpo, y una sensación extraña empezó a apoderarse de mí. Sentí cómo mi piel comenzaba a hormiguear y a cambiar. Primero, mis dedos se alargaron y se unieron, luego mi cuerpo se volvió más flexible y mi columna se estiró. Miré mis manos, pero ya no tenían uñas ni dedos; en su lugar, escamas brillantes cubrían mi piel. El pánico me invadió, pero también una calma inesperada. Mi cuerpo se deslizó hacia adelante, perdiendo mis piernas, mientras mi lengua se dividía en dos y empezó a saborear el aire con una precisión que nunca había conocido. Era yo, pero no era yo. Me había transformado en una serpiente.

Al principio, me sentí atrapada en esta nueva forma, pero poco a poco empecé a comprender mi nuevo cuerpo.

La forma en que me movía, la manera en que podía sentir las vibraciones del suelo y percibir el mundo con una sensibilidad distinta. Era una experiencia única, una conexión profunda con la naturaleza que nunca antes había sentido.

Con el tiempo, aprendí a aceptar mi nueva existencia. Ya no era solo una mujer, sino también una serpiente, un ser que podía deslizarse entre las sombras, observar sin ser vista y vivir en armonía con el entorno. Mi metamorfosis no solo había cambiado mi cuerpo, sino también mi alma.

Ahora, cuando el sol se oculta y la noche envuelve el bosque, me deslizo silenciosamente entre las hojas, recordando quién fui y celebrando quién soy. Porque a veces, para descubrir nuestra verdadera esencia, debemos perderlo todo y transformarnos por completo.

¿SIGO SIENDO HUMANO?



POR NEHUÉN

Siempre pensé que el cuerpo humano era una máquina primitiva. Eficiente, así, pero limitada. Mis estudios en biología me llevaron a una conclusión, si la evolución se detuvo en nosotros, ¿por qué no continuarla artificialmente?

Mi proyecto era simple, introducir ADN de algunos reptiles como camaleones, serpientes y ajolotes en humanos. Todo esto lo hacía para intentar poder tener regeneración, camuflaje y adaptación extrema.

El día que ya tenía el suero listo, a falta de voluntarios, tuve que inyectármelo a mí mismo. Lo hice en mis músculos sin temblar. Las primeras horas no sentí nada. Al día siguiente, comencé a mudar de piel, al principio lo atribuí a una reacción alérgica, pero no, era piel muerta cayéndose a tiras. Bajo ella, una capa más gruesa se revelaba: escamas, microscópicas pero definidas.

Luego vinieron los reflejos. Rápidos, automáticos. Podía atrapar una mosca en vuelo sin pensarlo. Mis ojos cambiaban de forma según la luz... podía ver el calor.

Y luego...los brazos comenzaron a atrofiarse

El dolor era insoportable. No porque mi cuerpo sufriera, sino porque entendía lo que perdía, mí humanidad.

Mis manos, mis herramientas más preciadas, desaparecían.

Mi mente poco a poco se iba deteriorando. Ya no diferenciaba entre el "bien" y el "mal", sino en "útil" o "amenaza". Mi lenguaje interior era cada vez más silencioso. Las palabras se desvanecían, reemplazadas por sensaciones puras, hambre, calor, movimiento, supervivencia.

En mis últimos momentos de lucidez, grabe un video: "si encuentran esto no repitan mi error. La evolución no debe forzarse, no si el precio es el alma"

Ahora estoy en un hábitat sellado, solo, lejos de lo que una vez fui como humano. Pero yo pienso en silencio.

Me pregunto: Si razono, si recuerdo quien fui... ¿soy todavía humano? ¿O simplemente soy una nueva forma de inteligencia? ¿Uno que ha cambiado de piel...y de alma?

UN MUNDO FANTÁSTICO



grupo editorial
Pixelados

www.pixelados.com.ar